

El día de difuntos pasado escuché en un programa de radio algunos epitafios célebres, como aquel que he oído en tantas versiones, que ya no sé si es cierto o no, cuya redacción se atribuye a Groucho Marx, que sobre la tumba de su suegra hizo grabar “RIP, RIP... ¡Hurra!”, y recitaron otros, la mayor parte de ellos más ambiciosos, con veleidades poéticas; de todos ellos uno pasó a engrosar mi colección. En el cementerio de una población de Navarra hay una tumba sobre la que se ha grabado un epitafio que dice: “Como padre fuiste un ejemplo, como marido... un ejemplar.”

No es hasta que sabemos que la tumba guarda los restos del patriarca de una familia gitana cuando comprendemos el sentido en el que se ha aplicado “ejemplar”, que hubiera debido ser un adjetivo (un marido ejemplar) y como sustantivo adquiere unas connotaciones que nos mueven a risa... El epitafio da lugar a multitud de posibilidades, todas ellas fascinantes. El patriarca era seguramente un hombre que levantaba suspiros a su paso, que inspiraba admiración y respeto... No es probable que el epitafio quisiera dejar constancia de una agitada vida extramatrimonial que aventuramos si recitamos las palabras con la entonación musical que da lugar al equívoco. Debemos elegir otra entonación, la característica de la lengua gitana cuando se propone dejar bien sentada una aseveración, con ese deje incontestable... Un ejemplar (y punto, que podríamos añadir)... Un ejemplar en el sentido de “¡todo un hombre!”.

Ya desde antes de comenzar la escritura de esta novela he coleccionado epitafios. Es el único punto en común de mi biografía con el protagonista, Manu. Tengo que confesar que siempre he conservado algunos como tesoros. Algunos epitafios, algunas

esquelas... En concreto el epitafio que le he prestado a él. Creo que es la única deuda relevante que tiene conmigo.

No me interesan todos los epitafios, solo aquellos tras los que presentimos una historia. El epitafio del patriarca gitano tiene algo en común con el epitafio central de esta historia y los que de ella se desprenden: quienes entierran a un muerto quieren dejar constancia de su huella, de la huella de quienes quedan con vida, no de la huella del que ha muerto. No se limitan a una inscripción aséptica, quieren expresar algo más personal, algo que concierne a los vivos y no a los muertos.

La familia gitana quiso dejar constancia de las indiscutibles cualidades del fallecido no como hombre, sino en su relación con ellos: como padre y como marido. Borraron la huella del muerto para dejar la suya en un apasionado arrebato de afecto.

No todos los epitafios son tan generosos.

En las páginas del libro que hoy presentamos no se habla solo de epitafios cuya redacción es el resultado de un apasionado arrebato de afecto... Hay epitafios lapidarios, condenatorios, epitafios que no dejan lugar a la piedad.

Es más, a lo largo de nuestra vida nos hacemos acreedores a un buen número de epitafios, porque... ¿qué es un epitafio “personal” sino la sentencia del juicio de los que nos entierran? Y a lo largo de nuestra vida nos condenan, nos destierran y nos entierran un buen número de veces por juicios que no siempre merecemos, que a veces son, simplemente, resultado de un equívoco, de que alguien esperaba algo de nosotros que no sabíamos que debíamos entregar... porque nadie sabe, en realidad, qué papel nos hacen representar los otros en sus propias vidas y con demasiada frecuencia, creyendo que apenas nos hemos cruzado, nos encontramos con alguien que ha puesto en nosotros unas expectativas desproporcionadas, que nos quieren obligar a entrar en su historia para formar parte de ella y simplemente viviendo la nuestra, suponemos una profunda

decepción, una mala experiencia de la que no somos conscientes y que nos va a granjear una condena sin posibilidad de absolución, un juicio que la persona que se siente agraviada un día pronunciará en voz alta ante otra persona y que caerá sobre nosotros como un epitafio... Borrando nuestra huella para dejar la huella de quien nos resume y entierra.

La naturaleza humana es proclive a la conquista, a la fama. La literatura ha dejado constancia de lo legítimo y deseable que es aspirar a dejar memoria, a dejar huella. Los espacios en blanco siempre nos han cautivado, la página de papel, pisar antes que nadie el suelo nevado en el que solo se registran nuestros pasos...

El mundo era antes, hace un siglo, un lugar más propicio para dejar memoria. Los mapas contenían un buen número de territorios marcados con el rótulo “espacio en blanco”: eran espacios inexplorados, espacios sin conquistar. Esos puntos en el mapa guardaban secretos sin revelar. Aún hay algunos; algunas cumbres, por ejemplo, como La Dama Blanca, en la cordillera Sarmiento de Gamboa, cerca del estrecho de Magallanes. No se trata de un ocho mil, ni siquiera un cuatro mil, apenas tiene una altitud de 2.200 metros, pero la cumbre permanece virgen pese a los desesperados esfuerzos de un alpinista tras otro, porque las condiciones son extremas en el fin del mundo... Un día se reunirán las condiciones favorables para que alguien, un alpinista quizás menos capaz que sus predecesores, alcance su cima con falsa facilidad.

Quedan pocos espacios en blanco al alcance de nuestra mano y las aventuras meritorias son inasequibles para la mayor parte de nosotros, pero no importa. No dejamos de demostrar que no tenemos límite. Nuestra imaginación inventa terrenos inexplorados insólitos. La vida de los otros, sus secretos más recónditos se convierten en un desafío para quien tiene una reserva extra de energía que emplear en la conquista de lo que se nos hace difícil. Y con irritante ligereza, senderistas atolondrados aficionados a la vida

ajena nos van ganando terreno, van apropiándose de nuestros secretos y nos dejan a su paso regalos indeseados, retazos de ellos que nos estorban.

Cuando hablo de dejar huella, de dejar memoria, no hablo de historias mediocres que nos llegan a través de las ondas, de quienes buscan un momento de notoriedad pública, sus pequeñas coartadas son inofensivas, triviales. No tienen la menor importancia ni afectan nuestra vida.

A mí lo que de verdad me da miedo, y me refiero a un miedo real, desasosegante, es la legión de personajes aparentemente inofensivos que no se detienen ante nada, que consideran que los territorios marcados con el rótulo “espacio en blanco” somos nosotros.

Veo en sus rostros la animalidad de la determinación inquebrantable: dejar su huella, su memoria sobre el territorio en blanco de una vida ajena sin medir las consecuencias de su intervención y grabar a continuación su juicio sin importar si ese juicio es una ficción o una lectura privada ni las consecuencias posteriores de su frivolidad. Las personas sobre las que quieren imponer su presencia a veces no son ocho miles, ni siquiera cuatro miles, hay veces que solo son una colina en un momento en el que las condiciones son extremas... Hasta que un día se dan las condiciones óptimas para facilitar la ascensión a la cumbre. Todos los días somos testigos de esta “amable violencia” como la ha calificado José Ovejero en el prólogo, y no nos estremecemos, adopte la forma que adopte; suponga la renuncia que suponga.

La historia que se contiene en *Epitafio* es la historia de un espacio en blanco.

A continuación voy a desvelar los referentes pictóricos y musicales que he tenido presentes en la redacción de esta novela, el título con el que nació y que luego se cambió solo, las obras musicales que le dieron ritmo y mantuvieron su registro. Esta revelación es un regalo reservado a quienes han hecho el esfuerzo de acudir hoy a esta

sala, porque pienso que estar en la misma habitación es una invitación a la confidencialidad amable, y porque estos “secretos” dan, a mi modo de ver, un valor añadido al acto público físico, que debemos revalorizar. No me parece conveniente que se pueda acceder a todo desde cualquier parte y en cualquier momento: ofrecer espacios en blanco de forma indiscriminada. Estos referentes, pues, no serán publicados ni comunicados públicamente fuera de esta u otra sala.

Hay quienes me han dicho que no se hubieran atrevido a poner por título a una primera novela publicada *Epitafio*, yo les he respondido que si esta obra supone una profunda decepción para los lectores, siempre pueden sugerir a Vila-Matas que considere mi inclusión en su particular imaginario de escritores del “no”, o escritores “suicidas” literariamente hablando.

No quiero terminar mi intervención sin agradecer a Tamarán Junco, diseñador de la cubierta, su impecable trabajo, su valiosa y sensible aproximación al texto y a su interpretación. Gracias a todos los que habéis venido hoy a esta sala, a compartir la presentación de *Epitafio*, y a Emilio Gavilanes y a José Ovejero, a quienes nunca podré recompensar su trabajo, sus desvelos y su apoyo.

Muchas gracias.